

DEL ODIOS DE LOS HOMBRES CONTRA LA VERDAD.

Un Sermón, en el Crepúsculo del Sábado, hacia la Dominica de Judica, o Día de Pasión

PREDICADO en JUDICA, Marzo, 29no., 2009. SAN JUAN 7.7.

M. Reverendo + Enrique Broussain ~ Congregación del Oratorio del Sagrado Corazón de Jesús

Non potest mundus odisse vos; me autem odit, quia testimonium perhibeo de, illo, quòd opera ejus mala sunt.

El mundo no puede sino aborreceros; y él Me odia, porque Yo doy testimonio de que sus obras son malas. ~ S. Juan, 7.7.

« Pero habiendo venido Cristo, Sumo Sacerdote de los bienes venideros, por medio del mayor y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación; ni tampoco por medio de la sangre de machos de cabrío y de terneros, sino con la virtud de Su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de machos de cabrío y de toros, y la oblación de la ceniza de la ternera, rociada sobre los que han llegado ser inmundos, los santifica, para purificación de la carne; ¿cuánto más la Sangre de Cristo (el cual por medio del Espíritu eterno se ofreció a Sí mismo, inmaculado, a Dios) limpiará vuestra conciencia de las obras muertas del pecado, para servir al Dios vivo? Y por esta causa Él es el mediador de un nuevo testamento; a fin de que mediante Su muerte para expiación, aún de las prevaricaciones cometidas en tiempo del primer Testamento, reciban la herencia eterna prometida a los que han sido llamados de Dios. » (Hebr., 9. 11-15.)

« ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Si la verdad os digo, ¿por qué no Me creéis? El que es de Dios, oye las palabras de Dios; por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios. » Los Judeanos respondieron, y le dijeron: "¿No decimos bien nosotros, que tú eres Samaritano, y que tienes demonio?" Jesús respondió: "Yo no tengo demonio; mas honro a mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado a Mí. Y Yo no busco Mi gloria; hay quien la promueve, y Él me juzgará. En verdad, en verdad os digo: si alguno guardare Mi Palabra, no morirá para siempre." Los Judeanos le dijeron: "Ahora conocemos, que tienes demonio. Abraham murió, y también los Profetas; y Tú dices: 'Si alguno guardare Mi Palabra, no morirá para siempre'. ¿Acaso eres Tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? y los Profetas, que también murieron, ¿Tú, por quien te tienes?" Jesús les respondió: "Si Yo me glorifico a Mí mismo, Mi gloria nada es; Mi Padre es el que Me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios, Y vosotros no le conocéis, mas Yo le conozco; y si dijere que no lo conozco, seré mentiroso como vosotros. Mas le conozco, y guardo Su Palabra. Abraham, vuestro padre, deseó con ansias ver Mi día; le vio, y se colmó de gozo." Y los Judeanos le dijeron: "¿Aún no tienes cincuenta años, y has visto a Abraham?" Jesús les dijo: "En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuese, Yo Soy." Entonces tomaron piedras para arrojárselas; mas Jesús se ocultó, y salió del templo. » (Juan, 8. 46-59.)

IN NOMINE IESU

1. Los hombres, por lo general injustos, lo son esencialmente en esto: en que la verdad les resulta odiosa. No es que piensen que deben amarla. Por cierto, cuando la verdad no hace otra cosa que mostrarse a sí misma en sus bellas y poderosas máximas, sólo el alma del misántropo rehusaría su afecto a la Belleza Divina; mas cuando este mismo relámpago que ciega nuestros ojos deja ver nuestras imperfecciones y defectos, y que la Verdad, no contenta con señalarnos lo que ella es, viene a presentarnos lo que nosotros somos; entonces es como si perdiese todo su encanto, al descubrir nuestra deformidad, nuestro horror; y comenzamos así a odiarla, y este bello espejo nos disgusta, a causa de su excesiva fidelidad. Extraño desvarío del espíritu humano, que suframos en nosotros mismos tan fácilmente males cuya vista no podemos tolerar, *que tengamos los ojos más delicados que la conciencia*, y en tanto odiamos los vicios que no podemos ver, no obstante nos complacemos en ellos de tal manera que no tememos fomentarlos, ¡como si nuestra alma insensata deseara que cualquier bondad se extraviase en sí misma y se librara de sus pecados añadiéndoles el más grande de todos, que es el de la ignorancia, al reconocerlos sin temor! Sucede, amigos míos, que hay un muy grande exceso que señala el Salvador en nuestro texto para este Día de Pasión, y es que *el mundo odia a Jesucristo porque Él revela sus malas obras*, la maldad *con que mueren la vida* que dicen vivir, su codicia y su egoísmo, su orgullo, el amor al mundo, el figurar entre la turba de mediocres que oprimen a los pueblos, y especialmente a los humildes de corazón. Todos actúan contra Cristo como lo hicieran los ingratos Judeanos y sus dirigentes talmúdicos, los Fariseos, que al tener hoy la supremacía, se empeñan en burlarse y vejar nuestra fe, por medio de sus agentes visibles, en tanto los hombres observan a la Falsa Iglesia Babilónica como una que baja los estandartes, y arria las banderas. ¡Ay de vosotros, que os decís 'Católicos, tradicionales,' y que con incoherentes vagidos de un intelecto que desprecio, honráis al Falso Profeta 'judeo-cristiano,' que ha usurpado la sede romana! Os engañáis a vosotros mismos, y vuestra perdición no se tarda; ¡arrepentíos! — pero entre tanto traicionáis a Cristo como Judas, — ¿Qué, alguien quiere argumentar? *Os desafío al duelo de Dios como Elías en el Monte Carmelo.** En este Día de Pasión, que cada año me traspasa el pecho con sus clamores, invoquemos al Espíritu Santo *contra toda injusticia y soberbia de los hombres que odian la verdad*, y entreguemos nuestras palabras de esperanza en manos de aquélla por la cual la Encarnación del Verbo fue posible, la Madre de los Elegidos, de los hermanos del Vidente de Patmos, entre tanto comienza a hacerse oír el Séptimo fragor de la Última Trompeta.

* No será gran esfuerzo, ya que ha de bastar la lectura de la monumental Obra de D. Federico Rivanera Carlés, *La Judaización del Cristianismo y la Ruina de la Civilización* [tres Volúmenes, al momento] donde se expone, de manera definitiva e irrefutable, la caída de la sede romana en manos del Anticristo, bajo cuyo creciente poder despliega ahora sus lábaros funestos, no solamente desde la toma del poder por el antipapa Roncalli, mas ya preparada la usurpación por varios de los papas preconciarios.

2. « Todos aquellos que hacen lo malo, » dice el Bendito Hijo de Dios, odian la luz y temen acercarse a ella, para que no descubra su maldad y sus crímenes. » Si estos odian la luz, y temen su proximidad, *la odian a causa de la Verdad*, que es luz de Dios y la sola que alumbra los ojos del espíritu. Pero para que se comprenda de qué manera y por medio de qué principios se forma en nosotros este odio por la Verdad, escuchemos esta doctrina de Santo Tomás en su *Segunda Parte* (II, *Quaest.*, XXIX, art. 5) donde trata específicamente esta cuestión.

3. Establece como fundamento *que el principio es la contrariedad y la repugnancia*; de tal modo que los hombres *son incapaces de no odiar la verdad*: no pueden no odiarla, a causa de su plena depravación; y la detestan y la combaten en cualquier sujeto particular que afecte a sus intereses. Ahora bien; podemos considerarla tal cual ella es en Dios, o según nosotros la expresamos, o de acuerdo al parecer de otros; y como en estos tres estados ella obstruye los malos deseos, es objeto del odio de los hombres impíos, y por ello malvientes. En efecto, amigos míos, estas leyes inmutables de la verdad son aquellas por las cuales nuestra conducta debe ser reglada, sea que la observemos en su fuente, es decir en Dios, sea que las oigamos hablar en nosotros mismos: en el secreto de nuestros corazones; sea que se nos muestren por los hombres, ellas gritan contra los pecadores, aunque con efectos muy disímiles. En Dios, que es Soberano y Juez Supremo, la Verdad los condena; en ellos mismos y en su propia consciencia, ella los perturba; en los hombres, los confunde; y es por ello que al hombre le enfurece.

4. Así, de cualquier modo en que Cristo nos enseñe, ya sea por la Palabra del Evangelio, ya sea por las luces que Él expande en nuestras conciencias a resultas de la Predicación, sea por las palabras de Verdad que Él pone en labios de nuestros hermanos: tiene razón el Señor en deplorar que los hombres de mundo — los hijos de este mundo — le odien, desde que Él censura sus vidas protervas. Estos odian la Verdad, ya que *ellos quisieran que aquello que es verdad no lo fuera*; luego; no quisieran siquiera conocerlo; no quieren, no, siquiera, que se les advierta sobre ello.

5. Por lo contrario; *debemos aprender a amar la verdad dondequiera ella esté*; en Dios, en nosotros mismos, en el prójimo, para que ella nos dirija, y así es como ella nos excita y nos esclarece. En el prójimo nos recupera; nos rehace; y es este el tema de esta Homilía.

6. *Como primer punto*, diré que los fieles no ignoran que las leyes primigenias e invariables que condenan todos los vicios, viven en Dios, eternamente, y no me resulta difícil demostrar que el odio de los pecadores por la Verdad, llega hasta el ataque de la Fuente Divina. Pues, como ya se ha dicho, *el principio del odio es la repugnancia*, y no hay más grande contrariedad, que aquella de los hombres pecadores contra esas leyes originales y primeras; de lo que se sigue que su aversión por la verdad se extiende hasta aquello que es en Dios; o, mejor, *que es Dios mismo*, de tal modo que la ciega codicia por el pecado vive en nosotros con disposición secreta, que hace al hombre desear la destrucción de aquellas leyes, y de la santa Verdad de Dios, que es el primer principio. Mas para que se entienda la osadía de este atentado, y se comprenda el fondo de esta doctrina, debemos descubrir las consecuencias: y para ello es necesario que hoy, aquí, explique ante todo *la naturaleza del odio*. Pero que nadie crea que yo quiero plantear en esta cátedra una disputa filosófica sobre este frenético designio. Me propongo demostrar con las Escrituras divinas que el odio imprime en el alma un deseo de destrucción y ruina, y, si puedo decirlo así, una intención homicida. Es el Discípulo Bien Amado, el Vidente, quien nos lo dice en estas palabras, *'El que odia a su hermano es homicida'* (I Juan., 3. 15.) No dice: 'el que derrama su sangre' o 'quien le hunde un puñal en el costado.' *Aquel que odia es homicida*: así es el odio de cruel y execrable. Y, en efecto, no hay duda que hacemos morir en nuestro corazón aquello que odiamos; más aún; debe decirse que, al alejarle de nuestro corazón, ya no podemos tolerarle en parte alguna. Su presencia hiere nuestros ojos; encontrarse con él en un mismo espacio nos parece un evento fatídico; todo lo que de él viene lo tenemos por espantoso; y, si no reprimimos esa pasión violenta y maligna, nos veríamos devorados por completo por este odio que no cesa. Tal es, precisamente, la intención secreta del odio; y es por eso que el Vidente lo llama *homicida*. Vemos, mis amigos, qué peligroso es dejarse invadir por el odio, porque el castigo de Dios por este odio *es el mismo que se impone a los asesinos*.

7. Pero volvamos a nuestro tema, y apliquemos a los pecadores la doctrina de nuestro gran Apóstol. Todos los que traspan la ley divina odian la Verdad santa, desde que no solamente alejan a Dios de ellos, más aún, le desafían; le destruyen en ellos mismos, sin darle lugar alguno en sus vidas. Querrían poder destruirlo dondequiera que Él esté, y principalmente en Su origen; *esta es la causa de la persecución, el odio y la burla*

blasfema creciente de los impíos contra la Fe Cristiana, que vemos multiplicarse por doquiera, así como la aparición de falsos profetas, en tanto reina el Anticristo, aún velado por las figuras de sus marionetas, pseudo papales, y pseudo patriarcales. Los infieles odian las leyes de Dios: se esmeran en transgredirlas, sin dejar ninguna, si esto les resultare posible. Que alguien aquí se levante, y me diga lo contrario, ¿qué es lo que desea un malhechor sino la impunidad de su crimen? Y para tener esta impunidad, es necesario abolir por doquiera la ley que lo condena, y la Verdad que le convence, y el poder que lo aniquila. Y todo esto no deja de resumirse más que en el mismo Señor, nuestro Gran Dios, porque Dios mismo es la Verdad, el Poder, la Justicia. Por ello dice el Salmista, « 'Dice el insensato en su corazón: no hay Dios' (Salm. 52. 1.)» Y San Agustín, el Máximo Doctor, desgraciadamente desplazado por los Jesuitas semipelagianos, cuya insania dio pie al ingreso del Humanismo y el Modernismo, (y que reporten los 'tradicionalistas' y la nube de 'sede vacantes' ¿Dónde han puesto la obra del Doctor Carlos Di Sandro?) San Agustín nos dice, explicando estas palabras, « que aquellos que no desean ser piadosos, quisieran que no hubiera en el mundo ni justicia, ni verdad, para condenar a los reos:» *Dùm nolunt esse justí, nolunt esse veritatem quã damnantur injusti* (Trat. 90, in Joan.) No es otro el fin de la Masonería; pueden consultarse las conclusiones del Concilio Anti-Masónico de Trento, en la obra de Monseñor Caro Rodríguez; los libros de Pierre Virion, la obra de Monseñor Delassus, ahora puesta amablemente al alcance de los fieles por el caballero Valdivieso. — ¡Considerad, anticristos, cuál es vuestra audacia: es a Dios a quien queréis exterminar, y no en metáforas; le matáis en Sus fieles, en Su remanente pequeño; tanto odiáis a Cristo, y *sin causa*; odiáis Su Palabra, Sus sacramentos, a la Madre de Dios, al mismo Padre que está en los cielos, de quien os jactáis, como el inmundo Voltaire, haberle hecho caer de Su trono.

8. *'No queremos que Éste reine sobre nosotros.'* (Luc., 19.14.) Para que ahondemos aún más en cuál es el designio y el secreto deseo de estos réprobos, Dios permitió, mis hermanos, que Su Hijo viniese al mundo; para que toda esta impiedad y esta ira diabólica se expusiesen públicamente y todos quedaran sin excusa. *Dios ha enviado a Su Hijo al mundo*: esto es, ha enviado la Verdad, y la Palabra de Su Verdad. ¿Qué hizo en el mundo este divino Salvador? Censuró en alta voz a los pecadores, sobre todo a los soberbios; descubrió a la luz del día a los hipócritas; confundió a los que ponen tropiezo a los simples, reveló las obras secretas de las tinieblas — las de aquellos que se decían 'pueblo de Dios' sin serlo. Cristo ha sido una antorcha y una llama ardiendo en la noche, una tempestad de claridades derrumbando toda locura e imbecilidad de los hombres, demostrado cómo la Revelación divina fue deformada en 'religiones' y 'denominaciones' creadas con fines espurios, para que vuestro contacto con el Cordero y el Crucificado en Palabra y Sacramentos fuese adormecido por una nueva *División de Fariseos*, y una *segunda Compañía de Escribas*, ahora Gentiles, y luego judaizados por segunda vez. Este es el estercolero religioso que nos rodea; una Babel de mentiras e imposturas, desde el Vaticano apóstata, al Patriarcado de Moscú, y desde allí a la mínima 'institución religiosa evangélica.' Mis amigos; *ya no quedan iglesias*, quedan hombres Cristianos, Católicos; cada uno es una Iglesia, si tiene la doctrina de los Apóstoles, si está el Obispo y los Sacramentos; quienes les rodean y les siguen son la Iglesia Expectante, la Iglesia de las Catacumbas, así se reúnan en una humilde choza o un cobertizo: porque donde está la Eucaristía, allí está Cristo, y donde está Cristo allí está la Iglesia Cristiana, y el cielo mismo. Todo lo demás es mera fantochada y venenosa falacia. Sí, Cristo ha sido y Cristo es una antorcha flameante, un Sol que mano alguna puede cubrir, como cuando Él vuelva a dar retribución a los apóstatas adoradores del Anticristo. Dice el Señor. « El mundo me odia, porque Yo testifico que sus obras son malas (Juan., 8. 7;) » y poco después, hablando a los Judeanos, « Por esto *queréis asesinar-me*, porque no queréis obedecer Mi Palabra (Ibid., 8. 37.) » esto es, *no soportáis la Verdad*. Si es, pues, la Verdad, lo que ha logrado que el mundo odie al Señor Jesucristo, y es por ello que los Fariseos de los días de Su Ministerio (figura *típica* o profética de la Iglesia Perjura de nuestros días) le persiguieron, buscando matarle, y le insultan delante de los 'ecuménicos' en su Talmud y en el Zohar (*Jesus Christ in the Talmud, Midrash & Zohar* por el Revdo. Dr. Gustaf Dalman; Cambridge, Bell & Sons, Londres, 1893;) ¿cómo es que no vemos, que combatiendo y denigrando, con nuestra cobardía, ignorancia y tibieza, contra la doctrina de Cristo, nos aliamos de hecho con todos esos pérfidos facinerosos, y nos internamos a fondo en la coalición sacrílega que asesinó al Salvador del mundo? Cualquiera que se oponga a la Verdad y a las leyes inmutables que ella nos ofrece, hace morir espiritualmente a la Justicia y la Sabiduría eternas que vinieron en Persona a enseñarnos, y se reviste de un espíritu talmúdico, para crucificar nuevamente al Maestro, tal como lo refiere el Apóstol, al decir, « Crucifican nuevamente en sí mismos al Hijo de Dios (Hebr., 6.5 Vg.) » Y que nadie argumente que no reniega de la doctrina de Cristo por el sólo hecho de estar sentado en un banco de iglesia; pues no es en vano que el mismo Apóstol ha dicho, «Profesan conocer a Dios, en tanto lo niegan con sus obras (Tit., I, 16.) » Nuestros actos, la consagración de nuestras vidas, o la falta de ella, son una voz más fuerte que la de los mismos labios. *Ellas revelan donde está el tesoro de nuestro corazón*.

9. Por lo tanto, amigos míos, nuestras aversiones implacables y nuestras crueles venganzas se levantan en oposición contra la Bondad de Jesucristo; nuestras intemperancias se yerguen contra la pureza de Su doctrina;

nuestro orgullo contradice las misteriosas humillaciones del Dios-Hombre; nuestra avaricia insaciable, (que parece no hartarse con el mundo entero y todos sus bienes,) se opone con todas sus fuerzas a esta inmensa prodigalidad por la cual Él lo ha dado todo, hasta Su sangre, y Su vida; y nuestra ambición y nuestro orgullo, siempre presentes, contrarían en cada ocasión la humildad del Dios-Hombre y la sublime bajeza de Su Cruz y de Sus sufrimientos. Por lo tanto, es inútil que digamos profesar la doctrina de Cristo, sean ustedes del Clero, o de los fieles, si con sus hechos y declaraciones la combaten y la maldicen. Nuestras vidas desmienten nuestras palabras, y nos deja ver, como lo dice Salviano, que « no somos Cristianos sino para la vergüenza de Cristo y de Su Evangelio (Salvian., *De Gubern. Dei*, lib. VIII, n. 2.) »

10. ¿No vemos, que si nuestras obras combaten la Verdad de Dios, tal como ésta es en Jesús, no lo vemos; no advertimos, que entonces será justo que Él a Su vez nos combata, y que se arme con todas Sus luminarias para confundirnos, de toda Su autoridad para condenarnos, de todo Su poder para perdernos? Es más que justo que el Señor aleje de Sí a aquellos que de Él se fugan; y que repudie con violencia a quienes le rechazan. Cuántas veces no le decimos, «Retírate de nosotros, Señor, no nos interesan Tus caminos » (*Job.*, 21.14,) y entonces escuchamos, « Retiraos de Mí, malditos; » y: « Yo no os conozco (*Mat.* 25. 41; *Luc*, 13. 27.) » Y luego que la Verdad haya pronunciado en Su magnífico poder este anatema; esta execración, esta excomunión eterna, « *Retiraos!* » ¿dónde irán todos estos desventurados enemigos de la Verdad, los exiliados de la Vida? ¿Dónde, si expulsados del Bien soberano, mas al soberano Mal? ¿Dónde, si al perder la bendición eterna, a la eterna maldición? ¿Dónde, si lejanos de la morada de la paz y la inmutable calma, al lugar del horror y la desesperación? *Estas cosas digo: y comprendo que ya no se dicen en la cátedra de los Fariseos vestidos de 'Obispo Católico.'* Piedad, piedad para los abandonados.

11. Allí será la angustia ; allí, el gusano que devora ; allá, el fuego inextinguible, las lágrimas, y el cruir de dientes (*Mat.*, 13.42.) Allí, en fin, todos los soberbios y opresores del Cuerpo Místico y de los predestinados hijos, sabrán lo que es caer en manos del Dios vivo, cuando Él venga Su Verdad ultrajada, no por labios hipócritas, mas por obras de las tinieblas. Él, el manso Cristo, el Santo Cordero, el moribundo del Calvario que llevó como trofeo en Su pecho, y junto a Él, a todos los elegidos, primero al martirio, y luego a moradas celestiales: Él volverá en el furor de Su Ira; volverá, con Manto ensangrentado: y pisará el lagar, y ninguno habrá con Él. Los años han pasado, y tiemblo al decir estas palabras; por cierto, cuando un Ángel del cielo denuncie a los mortales que han venido los terribles Juicios de Dios, tal vez un sentimiento de compasión le estremecerá al ver a los miserables; en cuanto a mí, simple pastor del Príncipe de los Pastores, temo por vosotros, y por mí; cual no será en Aquel Día mi asombro, y cual mi espanto, por si no hubiese sido fiel a lo Sagrado, que por gracia, solamente, en mí fue investido. — Dejemos pues, mis hermanos: dejemos de oponernos, nosotros, a la Verdad de Dios; no irriteos contra nosotros a Enemigo tan temible, cuanto más que Él *nos amó y se dio a Sí mismo por nos*; reconciliémonos, pues, con Cristo, Sabiduría y Verdad, y rectificquemos nuestras vidas según Su doctrina, « no sea — dice el Hijo de Dios — que el implacable adversario nos lleve al Juez, y el Juez nos libre al secuaz, que nos arrojará en la cárcel. « En verdad os digo, que no saldréis de allí hasta que hayáis pagado el último céntimo, » (*Ibid.*, 5. 25-26.) Tomemos resguardo, pues, en tanto haya tiempo, del temible adversario; reconciliémonos; hagamos la paz con la Verdad que hemos odiado con injusticia. « Ella no está lejos de vosotros: » (*Act.*, 17. 27.) *No; no lo está; ella está en el fondo de nuestros corazones; es allí donde podemos abrazarla.*

12. *En segundo lugar*, diré que es un efecto admirable de la Providencia que rige el mundo, el que toda criatura, viviente o inanimada, lleve en sí misma su propia ley. El cielo, el sol, los astros, los elementos, las bestias; en fin, cada partícula de este universo ha recibido sus leyes particulares, todas ellas en nexo secreto con la eterna ley que reside en el Creador, marchando en armonía y unidad, según el orden inmutable prescripto por la Divina Sabiduría. Y si esto sucede con la naturaleza, deberá asimismo suceder con el hombre; pero con esta diferencia: que las otras criaturas del mundo visible lo han recibido sin conocerlo, en tanto que en el hombre fue inspirado en espíritu razonable e inteligente, como en luminosa esfera en la cual él la viera brillar con resplandor aún más vivo que el propio; para que viéndola, la ame, y amándola, la siga con voluntario deleite, al que es movido por la gracia.

13. Es por ello, hermanos en Jesucristo, que en nosotros mismos llevamos la ley de la equidad natural, y la ley de la justicia Cristiana. La primera nos es dada con la conciencia, cuando nacemos a este mundo que perece, en la cual, según la Palabra del Evangelio, « *Dios ilumina a todo hombre que al mundo viene (Juan, 1.9.)* » Y la segunda nos es inspirada por *la fe, que es la razón de los Cristianos*, al renacer en la Iglesia, que es Arca del mundo nuevo; y es por ello que en la Iglesia Antigua, como aún entre los 'Ortodoxos-ortodoxos,' (qué difícil es hablar de la Iglesia en estos días,) el Bautismo era y es llamado *el Misterio de la Iluminación*, frase apostólica mencionada en la Epístola a los Hebreos (6. 4.) Estas leyes no son otra cosa que una cita fiel de la Verdad original, que reside en el Espíritu de Dios: y es por eso que podemos decir en voz alta, y sin temor, que la Verdad está; *que ella es*, en nosotros. Pero si no la hemos atesorado en el mismo seno de Dios, que nadie se

asombro de que la combatamos en nuestro propio seno. ¿Y por qué, todo esto? ¿Qué quiere decirnos el Predicador? Será de beneficio que todos lo entiendan; y por ello intentaré explicarlo.

14. Dije, en el punto primero, que vanamente los pecadores agredían en Dios esta verdad original; ellos se pierden solos, en tanto ella no es ni corrompida, ni disminuida. Mas no sucede de este modo con la verdad inherente en nosotros. Pues, como nos la palpamos de más cerca, y podemos, por decirlo así, poner nuestras manos sobre ella, podemos también, para nuestra desgracia, mutilarla, y corromperla, falsificarla, y oscurecerla. Que nadie, pues, se asombre, si este odio secreto por el cual el pecador se esfuerza en destruirla, en su fuente original, le lleva a distorsionarla con todas sus fuerzas por doquiera en el mundo. Pero no quiero parecer uno que habla vaguedades o generaliza. Vayamos a ideas particulares.

15. Quiero decir, estimados amigos, *que falsificamos en nuestras conciencias la Regla de Verdad que debe gobernar nuestras actitudes y hechos, para permanecer como un ciego ante el mal que hacemos*; y he aquí los caminos.

16. Dos cosas son necesarias para conocernos a nosotros mismos, y a la piedad de nuestras acciones: que nuestra fe y nuestro corazón se consagren por entero al Salvador Jesús, y que siempre nos miremos en Él como en el más fiel espejo. Pues en vano está bien ubicado el espejo, y vana sería su limpia superficie, si apartamos nuestro rostro de Él; si esto hacemos, no podremos reconocernos, ni tampoco al Evangelio de salvación; es necesario que nos acerquemos más y más para vernos como somos. Sería el caso de una mujer mundana, hechizada hasta la insensatez por la belleza que pasa en un día; ella pinta la superficie de su rostro, para esconder el horror que existe debajo, cuando, al consultar el espejo, ya no halla aquel resplandor, ni la dulzura que su vanidad desea. Si ella no puede enmascarar la fidelidad de su espejo, que cada día le enseña su creciente deformidad, ella se sirve de otro modo: se llena de maquillaje, se carga de afeites, se disfraza; pone sobre ella colores que no le son propios; se embellece con una gracia robada; se reitera en su vanidad y juega con su orgullo ante el espectáculo de una belleza imaginaria. Es así como nosotros actuamos. Cuando nos entregamos a nuestros deseos sin preguntarle al Señor que opina de ello, nuestras almas se desfiguran y pierden toda belleza. Si en este estado deplorable nos enfrentamos al Evangelio escrito en nuestros corazones, nuestra deformidad nos asombra, sentimos horror por nuestra bajeza; y muchos culpan a la doctrina, en vez de caer a los pies de Cristo, como el Publicano. La conducta austera que tanto nos aterra, no es la ley Evangélica; *esta no es penosa, no tiene enemistad con los hombres*: nos alejamos del camino estrecho, y lo reemplazamos, como al espejo fiel el espejo de fantasía, por doctrinas falsas de una piedad acomodaticia. El llamado a perdonar a nuestros enemigos; a decir la verdad aunque todo el mundo se derrumbe y caiga en pedazos alrededor nuestro; el riesgo permanente del martirio que afrontan los creyentes sinceros; la severidad a la que nos remite el arrepentimiento que viene del cielo, el precepto terrible de desapegarnos del mundo, de sus vanidades y pompas, (ah, pero nos decimos,) 'todo esto no debe tomarse al pie de la letra;' no es más que 'un consejo entre otros,' 'no son mandamientos invariables de Cristo el Señor.'

17. Así, hermanos míos, es una desgracia quebrantar la regla de la Verdad, el Evangelio de salvación y santidad, tan profundamente impreso en nuestras almas por el poder eficaz de la Palabra y los Sacramentos de Cristo. En esa desgracia somos víctimas de un engaño; nuestro amor propio se adelanta a fin de aliviarnos de la inquietud: nos ofrece un maquillaje agradable, pinta con falsos colores nuestras intenciones, tiñe en áureo tono nuestros vicios, para que los llamemos virtudes. Tales, las dos vías para falsificar el Evangelio, y de hecho, de falsificarnos a nosotros mismos. Tememos descubrir el poder de Dios y la sabiduría de Dios, pues, según el Apóstol, tal cosa es el Evangelio de Cristo para salvación del pecador que se arrepiente, y cae a los pies del Divino Maestro; y tememos vernos como realmente somos. No podemos decidirnos a seguir la estrecha senda evangélica; queremos ir como disimulando, como disfrazados de esto o de aquello, y construimos un *Frankenevangeli*, monstruoso, horrible, de mal gusto, y lo interpretamos como grotescos personajes de teatro, que nada tienen, sino actos vanos, robados, y raídos.

18. Y en efecto, amigos míos, cuando tenemos tantas dudas y alentamos otras, aún más, en nosotros; cuando reducimos el Evangelio a una mera doctrina de obras, por lo demás vinculadas con quimeras, ¿qué es lo que hacemos, sino buscar la ruina? ¿Y que sucede con tantas preguntas, que sólo tendrán como fruto el silencio? ¿No nos perdemos, al tomar desvíos infinitos? No hacemos aquí la guerra a persona alguna; mas a nosotros mismos, y a nuestros vicios; pero decimos en voz alta desde esta cátedra a estos pecadores sutiles y engañosos, que falsifican y distorsionan el Evangelio, sí: ahora que Roma es la Sede del Anticristo, y sus falsas jerarquías mercadean almas, apurando la Venida del Señor y la Caída de la Babilonia Apóstata (Apocalipsis 18,) como ha dicho ahora el Abate Méramo en excelente carta; decimos, repetimos, **SALID DE ELLA PUEBLO MÍO, NO SEÁIS PARTICIPES DE SUS PODREDUMBRES Y SUS PLAGAS**. Es el tiempo de *la Gloria del Olivo*; la Sinagoga conduce la Religión Global desde el trono —que es ahora el Trono de la Bestia, donde sede el '*Cantor de las Ratas*,' hijo espiritual del deicida. Nos rodean por doquiera falsos profetas, *hombres que hablan como corderos mas tienen cuernos, como Dragón*; el cuerpo moral o virtual del que habló Lacunza, y enfatizó el

Abbé Lambert; incrustado no sólo en Roma, mas en Moscú, en Utrecht, en Constantinopla; usurpadores de templos, corruptores de vírgenes y de niños, pseudo maestros de moralina e hipócritas opositores al aborto, en tanto ellos mismo son un aborto; demonios poseyendo cuerpos y almas, engañando a todos, especialmente a los que, como las mujercillas referidas por el Apóstol, « están siempre aprendiendo, y nunca llegan al conocimiento de la Verdad'» (2 *Timoteo*, 3.7.) En cuanto a nosotros, bien, de aquí en más enfrentaremos situaciones extraordinarias; pero deberemos permanecer con los ojos fijos en Cristo, obrando unos con otros en simplicidad y buena fe. Y recordad esto: cuando hablé del amor hacia nuestros enemigos, *no me refería a los enemigos de Dios, de Cristo y del Evangelio*. Ninguna piedad. No la tienen ellos por nosotros, pues el Diablo es homicida, y padre de la mentira.

19. Aunque nos situemos de espaldas al sol, y tratemos de ese modo de cubrirnos con nuestra sombra, los rayos que llegan por doquiera no dejan de alumbrarnos. Aunque apartemos nuestros rostros de la Verdad para que ella no nos confronte, de la Divina Sabiduría llega luz abundante que evita que dejemos de vernos como somos vistos. Debemos renunciar a todo amor propio, sin importar ni los nombres ni los títulos: estamos todos desnudos, como pecadores condenados y perdidos delante de Dios, y si salvos somos, lo debemos solamente a la gracia que justifica y santifica. Que todos se despojen de sus colores, de su maquillaje; no coloreéis los vicios, no engañéis a los ignorantes, no pretendáis hacer *pases de mano* delante de nosotros, a punto que bien sabemos de qué se trata su persistís en arrojar delante de vosotros los pesados fardos que ciegan los ojos de los imberbes. —Ah; el amor propio tiene artificios para persuadir a muchos de su conversión, aunque el apego al mundo reine aún en sus corazones. Hablemos de ello.

20. Hay, casi siempre, en nosotros, algún comienzo imperfecto y algún deseo de virtud. El cual *el amor propio hace pasar por conversión*. Ahora bien: 'hay que arrepentirse de nuestros crímenes:' el amor propio nos entregará el secreto de la pesadumbre. Sentiremos algún pasajero disgusto; la melancolía de tanto en tanto logrará darnos esta o aquella incomodidad. *Esta es la contrición y este el arrepentimiento falso del amor propio*. San Gregorio ha escrito (*Pastor.*, III part., cap. 30) que así como Dios, en las honduras de Su eterno consejo y misericordia, deja que en algunos de Sus siervos vivan deseos imperfectos hacia el mal, para doblegarlos en la humildad, así también el enemigo de nuestra salvación, en la profundidad de su malicia, deja nacer a menudo, en los suyos, un amor imperfecto por la injusticia, que no hace más que adular su vanidad; los primeros se creen grandes pecadores; estos se persuaden, a menudo, de ser grandes santos. Así el desventurado Balaam, admirando los tabernáculos de los justos, grita, conmovido, « ¡Que mi alma muera la muerte de los justos (*Números*, 23.10)! » Pero luego de pronunciar palabras de bendición por estos, emite conceptos perniciosos contra sus vidas. Estas son «las profundidades de Satán,» como las llama San Juan en el Apocalipsis, (2. 24;) más, para discernirlas, hay que desmontar los intrincados resortes de nuestro amor propio. Es él el que hace parecer que disgustos pasajeros o frágiles melancolías son arrepentimiento sincero; y meros deseos, resoluciones determinadas. Un deseo puede ser una flor, mas nunca será un fruto; y frutos son los que Jesucristo busca sobre Sus árboles.

21. Son los frutos, pues, la regla de oro que Dios nos ha dado para no errar. El Señor se reserva para Sí mismo el juzgar las disposiciones interiores; y no se equivoca jamás. Si nuestras vidas cambiaron, este es el sello de nuestra conversión. Mas seamos cautos ante las sutilezas del amor propio. *Cuidemos que un vicio no cambie en otro, y no en virtud*; que el amor del mundo no reine en vosotros bajo un nombre distinto; que este tirano, en lugar de crucificaros a vosotros en vuestro propio corazón, y sentar a Cristo en el trono, os deje sentados a vosotros, y vuelva a crucificar a Cristo. Que todos vengan a la ordalía de los frutos; y aquí no hablamos ni de donativos ni de entibiar bancos de iglesia. Los frutos de los que hablamos, sello de la conversión, deberán ser frutos plenos delante de Dios, como lo dice la Sagrada Escritura: *Non invenio opera tua plena coram Deo meo (Ibid., 3. 2;)* esto es, abrazarán, en toda su extensión, la plenitud de la justicia Cristiana y Evangélica.

22. Luego de hablar de cómo el amor propio 'convierte' falsamente a los hombres, comentaré ahora cómo, en su fantasía perversa, aquel hace creer que el celo se enciende. Lo explicaremos así: es natural al hombre querer el reglarlo todo, excepto a sí mismo. Esta inclinación es tan poderosa, que no permanecerá inútil; quiere gobernar a los otros. Nosotros, por ejemplo, creemos ser grandes Cristianos cuando detestamos el mal en el prójimo. ¡Evítadlo; medíos a vosotros mismos con la medida con que medís a los otros, y todas las falacias del amor propio serán aventadas! No tengáis dos medidas, una para el prójimo, y otra para vosotros; « *Pues esto es abominable delante del Señor (Prov., 20. 23.)* : » enciende la Ira de Dios. *Mensura minor iræ plena*, dice el Profeta Miqueas (*Miq.*, 6.10.) Empuñad la gran medida del Cristianismo; *la medida de la caridad*: medida plena y veraz, que abarca y reúne al prójimo con nosotros y que a ambos nos dispone bajo una misma regla, y nos encarece los mismos deberes; tanto aquel de imparcialidad ante el Señor, como el de la justicia Cristiana. Así este gran enemigo de la verdad interior, *el amor propio*, será destruido en nosotros; y si aún sobrevive, recibirá el golpe de gracia de parte de otros hombres que predicán el Evangelio, convenciendo de pecado, y reprendiendo las malas obras.

23. En tercer lugar, si corresponde a la Verdad, esto es, al mismo Verbo Encarnado, gobernar a los hombres y juzgarlos en Su Soberanía, mayor causa encuentra, por cierto, para fustigarlos y reprenderlos. Por eso el Santo Escrito nos enseña que uno de los deberes de los pastores de almas, los que han recibido el Ministerio de la Palabra y los Sacramentos: de quienes han recibido las Llaves para ser depositarios de la Verdad, es reprender severamente a los pecadores (algo que jamás hacen los lobos disfrazados de ovejas, ni los pseudo profetas) y es preciso oír a San Agustín, para definir cual es el uso de tan santo empleo. Nuestro querido Obispo de Hipona lo dice en pocas palabras, en su obra *De la Corrupción y la Gracia (De Corrupt. et grat., cap. III, 11. 5.)* en la cual, comparando los preceptos que recibimos con las reprensiones que se nos hacen, al indagar a fondo, como es su costumbre, la utilidad de uno y de otro, dice « así como se nos enseña por el precepto lo que debemos hacer, se nos demuestra por las correcciones, que, si erramos, es a causa de nuestra voluntad desviada » — Y en efecto, Cristianos, este es el fruto esencial de aquella censura; pues más allá del rostro que presente cada pecador, el pecado es siempre pusilánime y vejatorio. Es por eso que quien medita un crimen, medita a la vez una excusa; *'tal sorpresa; la casualidad; un encuentro imprevisto.'* Se oculta éste, a veces, en medio de su crimen. El Señor suscita en él una censura caritativa, pero rigurosa; caen todas sus defensas, comprende su culpabilidad y su miseria; y, dejando de lado cualquier pretexto, admite su pecado con su afrenta. Si algo puede mover su alma, es sin dudas esta severa corrección; y es por esto que San Pablo le dice a Tito, su discípulo, que sea inexorable en ciertas circunstancias, «Repréndeles, dice, severamente;» (2 *Tit.*, 1. 13;) esto es, *arroja lo que sea en la cara de los pecadores insolentes* : tus áridas verdades, para que les golpeen y les derriben, y los sorprendan en su astucia; y si bien nuestra admonición siempre debe estar suavizada por la misericordia, no por ello debe ausentarse del rigor y la verdad, que es inflexible. Ninguna concesión al error; ninguna, al falso profeta.

24. Si alguna vez la Verdad se torna odiosa, es en estas ocasiones. Los pecadores siempre soberbios no soportan que se les reprenda. Por veraces que sean los reproches, ellos buscan eludirlo todo con trampas y artificios; y luego se arrojarán sobre vosotros, como lo hace el pecador pertinaz. Vosotros habéis descubierto, esto es, levantado el velo, de todas sus conspiraciones, y desenmascarado todas sus intrigas; en una palabra, el crimen está expuesto. Vemos sus pies, su cuerpo, y su cabeza; y cuando pensáis que se hace factible convencerle, de mil maneras retira sus pies, y su cuerpo, y su cabeza; el cubre cuidadosamente todo vestigio de su crimen; da vuelta su rostro, envuelve su cuerpo; esto es; viste su cadáver espiritual de un tejido de artificio y de una historia complicada, obtenida por sus caprichos. Lo que por un momento veíamos muy claramente, se vuelve ahora como una masa informe y confusa; *como una masa democrática*; y no parece tener ni fin, ni comienzo. Y ahora se ha armado contra vosotros; no lo podéis tocar sin que vuestra mano quede ensangrentada, o vuestro honor ultrajado: lo menos que os espera es ser reprendidos por otros que defienden la mentira y el error. « Así pues, dice el Apóstol, me he vuelto vuestro enemigo por deciros la verdad: » (*Gálat.*, 4.16.) Esta es la ceguera del pecador, mis hermanos en Cristo. Háblenle de Política; ensayen sobre Moral, pero no vayan a decirle, « *Eres tú, y no otro, ese hombre (2 Reyes, 12. 7.)* » « *Ellos aman, dice San Agustín (Confes., lib. X, cap. 23,) la luz de la Verdad, mas no pueden tolerar sus reproches.* » « Les complace cuando se desnuda, porque es bella, pero comienzan a odiarla cuando los desnuda a ellos, » porque son deformes. Ciegos, con intereses mezquinos y ocultos en el corazón, *dicen una cosa, y piensan otra*; escriben contra tal causa, y la defienden en las tinieblas. Estos insensatos, como asnos salvajes, quieren descubrir la luz sin ser ellos descubiertos; y tendrán como galardón lo contrario, por una justa venganza, cuando la luz de la Verdad, delante del Gran Trono Blanco, deje en evidencia que sus obras son malas, ya que siempre ocultaron sus rostros de aquélla. — « Mas yo espero de vosotros, Cristianos, algo superior, ahora que os hablo de este modo: » (*Hebr.*, 6. 9.) He aquí, llega el Día del Refrigerio; he aquí el tiempo de arrepentirse, en el cual se verán turbas cerca del tribunal de la Absolución. Es, por cierto, allí, donde la Verdad reprende a los pecadores, y levanta contra ellos el poder de Dios, que los arroja al polvo, quebrantados, en arrepentimiento. Que nadie busque lisonja; que nadie acuse al hermano en Cristo. No seáis como aquellos infieles, hijos del diablo, de quienes habla Isaías, diciendo, « *Pueblo rebelde es este... que dice a los Videntes: ¡No veáis! y a los Profetas: ¡No profeticéis para nosotros lo recto! Profetizadnos engaños, habladnos de cosas agradables! ¡Salíos del camino, apartaos de la vía! ¡Quitad de delante de nosotros al Santo de Israel! (Esa., 30. 10-11.)* No quieren ir por el Camino, es demasiado estrecho; quieren sendas extraviadas, donde ser salvos junto a sus vicios, y *'convertirse'* sin cambiar sus corazones. *Tal el error de los casi-Cristianos, pecadores rebeldes.* En lugar del arrepentimiento veraz, donde el impío viene a ser santo y el pecador justo, buscan otra clase de *'conversión,'* del tipo que abunda en el *'Evangelio Social'* de los Liberales, en la cual el mal no cambia en bien; donde el crimen es honesto, donde la rapiña es correcta; y hasta se busca *la cátedra de pestilencia (Salm., 1,)* donde pseudo profetas y falsos sacerdotes les adulan y fortalecen en sus herejías.

25. Lejos de vosotros todo esto. Lejos de los que me escucháis, o leéis, esta perversión funesta. *Cuidado con 'la religión.'* Buscad amigos, sino hermanos, y no panegiristas; jueces, y no cómplices; medicinas saludables, y no tósigos de verdugo. *Que nadie se contente con una mera reparación, cuando hay que poner el hacha en la raíz*

del árbol. Ser capaces de tolerar remedios violentos es el comienzo de la salud. Que nadie busque complacencia, ni buen carácter, ni laúdes, ni condescendencia. Que todos vengan de una, con gemidos si es preciso, que la infamia confesa es saludable; que todos vengan como son, y que se horroricen de sí mismos; pues *el que se exalta será humillado, y el que se humilla, exaltado.* — Mas ‘¿no debemos ser tolerantes?’ Dirá alguno. ‘¿No es porción de la doctrina Evangélica adecuarnos a las flaquezas humanas?’ Lo es, sin duda, *pero no de ese modo. Ninguna tolerancia con el error, ni en doctrina, ni en práctica.* Y no me hablen de amor — y menos aún en Domingo de Pasión — cuando la doctrina del Crucificado está en riesgo. *Somos tolerantes en la caridad, no en la Verdad.* Es preciso que la caridad se *compasione*, mas no que la Verdad se relaje. Hay que sostener al enfermo, mas no excusarlo y complacerlo en sus errores. Hay que seguir a San Cipriano, de quien Agustín ha dicho estas bellas palabras, « considerando a los pecadores, él los toleraba en la Iglesia por la paciencia de la caridad, » y esta es la condescendencia Cristiana; « pero, ante todo, él les reprendía por la fuerza de la verdad; » y entonces la fuerza apostólica, *Et veritatis libertate redarguit, et charitatis virtute sustinuit (De Bapt., contra Donat., lib. V, cap. XVII, n. 23.)* Así es; *en cuanto a la verdad y la doctrina, que nadie espere tolerancia alguna;* y he aquí la causa de ello. Nuestro Señor Jesucristo ha examinado hasta dónde debe extenderse la tolerancia. Él conoce a la perfección lo que hay en el corazón del hombre, su flaqueza, su miseria; Él vino a salvar; y, conociendo ambas cosas, ha dado la medida de una y de la otra cosa, instituyendo todo lo necesario. Sus grandes enseñanzas contra el yo enfermizo del Viejo Adán; *despojarnos de todos los bienes; darlos a los pobres; renunciar para siempre a los honores de este mundo; ser temperantes y honestos;* Él lo proclama en Su Evangelio a todos, y especialmente a los Suyos; mas como todo esto está más allá del poder humano, no lo entrega como ley; no lo impone como obligación. Si Él dispone sobre nosotros este gran designio, que nuestra flaqueza no puede soportar, difiere el cumplimiento, hasta que nuestra enfermedad sea provista por la potestad del Espíritu Santo: *Non potestis portare modò (Juan., 16. 12.)* Vemos pues, mis amigos, qué seriamente el Señor lo ha meditado, en Su espíritu suave y Su amor paternal; hasta donde Él se distiende, y hasta qué límites Él conserva nuestra libertad. No hay excusas que presentar, *cuando Él mismo las ha presentado todas,* en nuestro favor. Toda pretensión del libertinaje de los *pestilenciales:* — de los que vuelven a crucificar a Cristo hasta el fin del mundo en Sus hijos — todo ello nada tiene que ver con el Cristianismo; es podredumbre junto a la Buena Simiente; es el Misterio de Iniquidad predicho por el Apóstol (2 *Tesal.,*) es el Anticristo, que ahora gobierna las iglesias y corrompe la sana doctrina.

26. La misma verdad que Cristo profetizó con Sus labios, ella nos juzgará en el último día. Aquí Su ciencia es una silla, una Cátedra, para instruirnos: Allá, un Trono, para juzgarnos; pero son una y la misma. Sea una o la otra, lo será asimismo en nuestras vidas. Pues cualquiera que no se conforma al Evangelio perfecto, este lo repudia y lo blasfema. Cualquiera que quiera mancillar su majestad inflexible, este lo pisotea y lo blasfema. Deseemos, pues, que el Evangelio se halle entre nosotros tal como Jesús lo ha predicado. Busquemos, los Pastores, que él viva asimismo, en su pureza, en la boca y la doctrina de aquellos a quienes pastoreamos, no importa si uno u otro de los corderos alguna vez nos hiere, si le salvamos; o nos maldice, si le conducimos finalmente al cielo. Finalmente, todos vendrán a los pies de Cristo, y darán su testimonio de que les hemos enseñado la Verdad.

27. Consideremos, Obispos, Sacerdotes, y Fieles de la Comunión, que el Juicio de Dios es terrible sobre aquellos que le conocen, y aún así le desprecian. Aquellos a quienes la Verdad Cristiana no fue anunciada *serán enterrados,* dice San Agustín, (Enarr. in *Psal.* LIV, n. 16,) *como muertos en el infierno;* más aquellos que conocen la Verdad y que pecan contra ella, no importa los sinuosos caminos que emprendan para ocultarlo, (o para simular que son sus defensores,) son aquellos de quienes David dijo « descenderán vivos: » *Descenderunt in infernum viventes (Salm., 54.16.)* Los otros se despeñan; estos descienden con absoluta consciencia, y por su voluntad; aquellos serán como muertos, y los otros como vivos. Mis amigos, la ciencia de la verdad que escucharon y aprendieron les dará un sentimiento tan vivo de sus penas, que las de los otros réprobos, en comparación, cualesquiera sean los tormentos, semejarán como muertos e insensibles. ¿Qué clase de vida será esta? Verán eternamente, con la mayor claridad, aquella Verdad que combatieron; de cualquier lado que se vuelvan, siempre la Verdad estará allí, y contra ellos siempre, *En oprobio, al que por siempre verán (Dan., 12.2, Vg;)* fuere cual fuese el antro profundo en que se hayan ocultado para no escuchar Su Voz; ella los traspasará con truenos desgarradores; les parecerá desnuda, inexorable, inflexible, armada de todos Sus reproches, confundiéndoles eternamente, por la ingratitud de ellos. No habrá sido por ellos, en fin, que Cristo sudó Sangre y sufrió con aquella inexpresable intensidad en Su Santa Pasión y Muerte; no habrá sido por ellos que Él, como Capitán de nuestra salvación, exclamó victorioso, *Consumatum Est! Consumado Está:* ¡He aquí la salvación terminada y completa de Mi Cuerpo Místico!

28. En fin, queridos amigos, alejemos de nosotros siquiera el pensamiento de la gran desgracia de vivir y morir sin Cristo. Hijos de la luz y de la verdad, debemos amar a luz, aún aquella que nos declara nuestro pecado y nuestra miseria. Debemos adorar la Verdad, aún aquella que nos condena. *La verdadera fe es*

aquella que está dispuesta a ir al infierno, si esta es la Voluntad del Padre. ¡No nos rebelamos, con mano alzada, contra Enemigo tan temible; reconciliémonos, en tanto hay tiempo, con este Gran Adversario; seamos amigos de la Verdad; sigamos Su Lámpara que marcha delante de nosotros, alejémonos de las tinieblas! Marchemos piadosa y honestamente, como hombres que tienen la frente alta, en pleno día, cuyas acciones, lavadas por la Sangre, son limpias, nítidas; y así, por fin, arribaremos a la claridad inmortal, en el mediodía de la Eternidad. Amén.

Y ahora a DIOS el PADRE, + DIOS, el HIJO, y DIOS el ESPÍRITU SANTO + sean dados todo honor y toda gloria, en esta hora y para siempre. Amén.

Bendiga el Señor Su Palabra en nuestros corazones, por los méritos de Cristo. Amén. Y amén.

SOLI DEO GLORIA

* * * * *

Emitte Agnum, Domine, dominatorem terræ, de Petra deserti ad montem filiæ Sion.